

cimiento, que tambien causó grande alegría en toda la tribu, donde me creian muerto hacia mucho tiempo. Todavía aguardamos algunos dias a que se acercase mas la tribu, y en ellos llegó a mi noticia una anecdota singular, y que me parece digna de referirse como estudio de costumbres.

Un tratante de la Anatolia, escoltado por cincuenta hombres, llevaba diez mil carneros para venderlos en Damasco. En el camino tomó conocimiento con tres beduinos, y se hizo muy amigo de uno de ellos; en el momento de separarse, este le propuso qué entablase fraternidad con él. No veia el tratante de que le serviria tener un hermano entre unos pobres beduinos, a él que se veia dueño de diez mil cabezas de ganado y escoltado por cincuenta hombres; pero como insistiese el beduino, llamado Chatti, consintió por desembarazarse de su importunidad, en darle dos piastras y un puñado de tabaco en prendas de fraternidad. Chatti repartió las dos piastras entre sus amigos, diciéndoles:

“Sed testigos de que este hombre es ya mi hermano.” Luego se separaron, y el tratante no volvió a acordarse de semejante fraternidad. Llegado que hubo a un sitio llamado Ain El Alak, una partida de beduinos, superior en número, atacó a su escolta, la derrotó, se apoderó de sus reses y le despojó enteramente, no dejándole mas que la camisa, con la que llegó á Damasco en la mayor mi-

seria, renegando de los beduinos y de su supuesto hermano Chatti, á quien acusaba de haberle vendido.

Difundióse entre tanto por el desierto la nueva de aquella rica presea, y llegó á oido de Chatti, quien despues de buscar á sus dos testigos, se presentó con ellos á Sultan el Brak, caudillo de la tribu El Amour, le declaró que era hermano del tratante robado, y le intimó que le hiciese justicia, á fin de que pudiese cumplir los deberes de la fraternidad. Sultan, recibida la deposicion de los dos testigos, tuvo que acompañar á Chatti á la tienda del caudillo de la tribu El Nahimen, que se habia apoderado de las reses, y que reclamárselas con arreglo á sus leyes. No tuyo el jeque mas arbitrio que devolvérselas, y Chatti, despues de haberse cerciorado de que no faltaba ninguna, se puso en camino para Damasco con los pastores y los rebaños.

Dejólos fuera de la ciudad, y entró en ella en busca de su hermano, á quien halló sentado delante de un café del bazar. Fuése derecho á él; pero este se volvió indignado, y no le costó á Chatti poco trabajo hacerse escuchar y sobre todo persuadirle de que sus carneros le aguardaban fuera de las puertas, pues temia una nueva asechanza y no queria seguir al beduino. En fin, convencido en vista de sus rebaños, se echó en los brazos de Chatti, y despues de haberle manifestado toda su gratitud, pro-

curó en vano hacerle aceptar una recompensa proporcionada á tamaño servicio; el beduino nunca quiso recibir mas que un par de botas y un *cafié* (pañuelo), que valia á lo mas un talarí, y despues de haber comido con su amigo se volvió á su tribu.

Nuestra primer entrevista con el Drayhy fué verdaderamente patética; él mismo vino, con los principales de su tribu, á buscarnos á la aldea de Nabek, y nos llevó, por decirlo así, en triunfo al campamento: en el camino nos contó las guerras que habia sostenido en Samarcanda, y la dicha que habia tenido de vencer á cuatro de las tribus (1) y de reducir las luego á firmar el tratado. Era muy importante haber separado á tiempo á aquellas tribus de la alianza de los wahabi, de quienes eran tributarias, porque corrian voces de que nuestros enemigos preparaban un formidable ejército y esperaban señorearse de toda la Siria. Poco despues supimos que aquel ejército estaba en marcha, y que por todas partes iba sembrando terror y estragos.

Envió orden el Bajà de Damasco a los gobernadores de Homs y de Hama para que estuviesen sobre las armas dia y noche y preparasen sus tropas

(1) La tribu El Krassa, caudillo Zahauran Ebn Houad; la tribu El Mahalac, caudillo Nabac Ebn Habeb; la tribu El Merakrt, caudillo Roudan Ebn Abeb; en fin, la tribu El Zeker, caudillo Metlac Ebn Fayhan.

al combate. Los habitantes corrian hácia la costa, huyendo de los sanguinarios Wahabi, cuyo nombre solo bastaba para hacerles abandonar sus hogares.

Recibió el Drayhy una invitacion del bajá para pasar a Damasco a conferenciar con él; pero temiendo alguna traicion, se escusó, so pretesto de no poder dejar su puesto en aquel crítico instante, y le pidió algunas tropas como auxiliares, esperando poder con ellas hacer cara al enemigo. Mientras llegaba aquel refuerzo, hizo el Drayhy anunciar solemnemente la guerra, segun la costumbre de los beduinos en las grandes ocasiones, y he aquí como: eligióse una camella blanca, que tiznaron enteramente con olin y aceite; pusieronle un ronzal de cerda negra, é hicieron que montase en ella una doncella vestida de negro, con la cara y las manos igualmente tiznadas. Diez hombres la condujeron de tribu en tribu, y al llegar a cada una de ellas gritaban tres veces:

—“¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Quién de  
“vosotros blanqueará esta camella? Un peda-  
“zo de la tienda del Drayhy amenaza ruina;  
“¡acudid, acudid, grandes y generosos defensores!  
“El wahabi va a llegar, y os robará vuestros alia-  
“dos y vuestros hermanos; vosotros todos los que  
“me oís, dirigid vuestras oraciones a los profetas  
“Mahoma y Alí, el primero y el último.”

Esto diciendo, distribuia puñados de cerda negra, y cartas del Drayhy que indicaban el punto de reunion en las orillas del Oronte. En poco tiempo se reforzó nuestro campamento con treinta tribus reunidas en una misma llanura; las cuerdas de las tiendas se rozaban unas con otras.

Envió el bajá de Damasco a Hama seis mil hombres al mando de su sobrino Ibrahim Bajá, para esperar allí otras tropas que debian aprontar los bajás de Acre y Alepo. Acababan apenas de reunirse, cuando se supo la llegada de los wahabi a Palmira, por los habitantes que acudian a refugiarse en Hama; Ibrahim Bajá escribió al Drayhy, que pasó á verle y concertaron juntos su plan de defensa. El Drayhy, que me habia llevado consigo como consejero, me comunicó sus convenios, y yo le hice observar que el que reunia a los beduinos y a los turcos en un solo campamento era muy peligroso; por no tener estos últimos, en el momento de la pelea, ningun medio de distinguir a sus amigos de sus enemigos. Con efecto, todos los beduinos, igualmente vestidos, no se reconocen entre sí en los encuentros, mas que por sus gritos de guerra: cada tribu repite continuamente el suyo: Khraíl Allia Doualli, Khraíl el Biouda Hassny, Kraíl el Hamro Daffir, &c. Kraíl significa ginete; Allia, Biouda, Hamra, indican el color de alguna yegua favorita; Doualli, Hassny, Daffiry, son

los nombres de la tribu, es como si dijese: *Ginete de la yegua torda de Daffir, &c.* Otros invocan a su hermana ó a alguna otra hermosa, así el grito de guerra del Drayhy es Ana Akhron Rabda: yo, el hermano de Rabda; el de Mehanna: yo el hermano de Tiodda; uno y otro tienen hermanas célebres por su belleza. Los beduinos dan suma importancia a su grito de guerra, y tratarian de cobarde al que no se atreviese a pronunciar el suyo en el momento del peligro. Conoció el Drayhy la fuerza de mis razones, é hizo consentir, aunque con dificultad, a Ibrahim Bajá en una division de sus fuerzas.

Al dia siguiente volvimos al campamento, seguidos del ejército musulman, compuesto de dalatis, de albaneses, de mogrebinos, de houaras y de árabes, en número total de quince mil hombres, provistos de cañones, morteros y bombas, y levantaron sus tiendas á media hora de las nuestras; la arrogancia de su porte, la variedad y riqueza de sus trages, sus bauderas, formaban un cuadro magnífico; pero á pesar de su bizarra apariencia, los beduinos se burlaban de ellos, y decian que serian los primeros en huir.

En la tarde del segundo dia, vimos, por la parte del desierto, una gran polvareda que se estendia como una densa niebla hasta cuanto alcanzaba la vista; poco á poco se disipó aquella nube, y vimos aparecer el ejército enemigo.

En aquella ocasion llevaban sus mugeres, sus hijos y sus rebaños. Establecieron su campamento á una hora del nuestro, y se componia de cincuenta tribus, que formaban un total de 75,000 tiendas; al rededor de cada una estaban atados numerosos camellos y carneros, que unidos á los caballos y á los guerreros, formaban una muchedumbre formidable; tanto, que atemorizado Ibrahim-Bajá envió á toda prisa á llamar al Drayhy, quien despues de haberle dado algun ánimo, volvió al campamento á mandar hacer las trincheras necesarias. A este fin reunieron todos los camellos, los amarraron unos á otros por las rodillas y los dispusieron en dos hileras delante de las tiendas: para completar aquel baluarte, se abrió un foso detras de ellos. Lo mismo hizo por su parte el enemigo, y en seguida mandó el Drayhy preparar el Hatfé.

Hé aquí en qué consiste esta singular ceremonia. Se elige la mas hermosa de las doncellas entre los beduinos, y se la coloca en un handag ricamente engalanado, puesto en una gran camella blanca. La eleccion de la doncella que debe ocupar este puesto honroso, pero arriesgado, es muy importante, porque casi siempre depende de ella el écsito de la batalla;—colocada en frente del enemigo, rodeada de la flor de los guerreros, debe escitarlos á la lid; la accion principal pasa siempre al rededor de ella y la defienden prodigios de valor. Todo se perde-

ria si el Hatfé cayera en poder del enemigo; así es que para evitar esta desgracia, debe siempre rodearle la mitad del ejército; los guerreros se suceden en aquel punto, donde es mas reñido el combate, y todos van á beber el entusiasmo en sus miradas. Una doncella, llamada Arkié, que reunia en alto grado el valor, la elocuencia y la hermosura, fué elegida por el Hatfé; tambien el enemigo preparó el suyo, y poco despues empezó la batalla. Los wahabi se dividieron en dos cuerpos; el primero y mas considerable, mandado por Abdalla Hedál, su general en gefe, estaba delante de nosotros; el segundo al mando de Abó Nocta, hacia frente á los turcos. El caracter de estos y su modo de pelear son diametralmente opuestos á los beduinos: el beduino, prudente y muy sereno, empieza con suma cachaza; luego va animándose poco á poco, y pronto se enfurece y es irresistible. El turco, por el contrario, orgulloso y arrogante, arremete con ímpetu al enemigo y cree que no tiene que hacer mas que presentarse para vencer, con lo que toda la fuerza se le va en la primera embestida.

El bajá Ibrahim, viendo a los wahabi atacar friamente, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo su ejército entero; pero antes del anochecer aprendió á sus espensas á respetar á su adversario, pues tuvo que replegar sus tropas y dejarnos todo el peso de la accion.

La noche puso fin al combate; pero por ambas partes hubo gran mortandad.

El día siguiente recibimos un refuerzo con la llegada de la tribu El Hadidi, compuesta de cuatro mil hombres, todos montados en borricos y armados con fusiles. Hecha la cuenta de nuestras fuerzas, resultó que ascendían á ochenta mil hombres, y como los Wahabi tenían ciento cincuenta mil, el combate del día siguiente les fué favorable, y la fama de nuestra derrota, ecsagerada como sucede siempre en semejante caso, se estendió por Hama y atemorizó a sus habitantes. Al otro día ya se les pasó el susto, y por espacio de veinte días pusieron a prueba nuestra constancia, continuas alternativas de buena y mala fortuna. Cada día eran mas terribles los combates; el décimo quinto tuvimos que luchar con un enemigo mas temible que los wahabi,—el hambre. La ciudad de Hama, la única que podia suministrar víveres a ambos ejércitos, se agotaba ú ocultaba sus recursos; los turcos huían; nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre; los camellos que formaban el baluarte del campamento, se devoraban unos a otros. En medio de aquellas calamidades, no flaqueó un momento el valor de Arkié; nuestros mas denodados guerreros se dejaban matar a su lado, y ella no cesaba de animarlos, de escitarlos y de aplaudir sus esfuerzos; alentaba a los viejos alabando su va-

lor y esperiencia, y a los mozos prometiéndoles casarse con el que le entregase la cabeza de Addalla el Hedal. Como yo estaba siempre junto a su handag, veía a todos los guerreros presentarse a ella para obtener algun estímulo, y abalanzarse en seguida a la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que preferia oír sus cumplimientos a recibirlos, porque casi siempre eran los precursores de la muerte. Un día ví a un gallardo mancebo, uno de nuestros mas valerosos ginetes, presentarse delante del handag:

“¡Oh Arkié! esclamó ¡oh la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro; pues voy á pelear por tí!”

Arkié le respondió:

“Aquí me tienes, ¡oh el mas valiente entre los valientes! Ya sabes que mi precio es la cabeza de Abdalla.”

El jóven blande su lanza, aguija á su caballo y se precipita en medio de los enemigos: antes de dos horas, ya habia sucumbido, cubierto de heridas.

“Dios os conserve! dije á Arkié, el valiente ha perecido.

“No es él el solo que no ha vuelto,” respondió la doncella tristemente.

En aquel momento se presentó un guerrero armado de piés á cabeza; hasta sus botas estaban

guarnecidas de acero, y su caballo cubierto de una cota de malla (los wahabi tenían veinte de estos guerreros entre los suyos; nosotros no teníamos mas que doce). Adelantóse hácia nuestro campamento, llamando al Drayhy á singular batalla, uso antiquísimo entre los beduinos; el que de esta suerte es desafiado no puede sin deshonor rehusar el combate. El Drayhy, al oír su nombre, se dispónia á responder á aquella provocacion; pero sus parientes se reunieron á nosotros para contenerle: su vida era demasiado importante para esponerla con tanta ligereza, y su muerte hubiera acarreado la ruina total de nuestra causa, y la destruccion de los dos ejércitos aliados.

Siendo inútil la persuasion, tuvimos que emplear la fuerza; atámosle con cuerdas de piés y manos á unas estacas clavadas en el suelo, en medio de su tienda; los gefes mas influyentes le sujetaban y le echortaban á calmarse, haciéndole presente la imprudencia de esponer al ejército por responder á la insolente bravata de un brutal wahabi. Este, entretanto no cesaba de gritar:

—“¡Venga, venga el Drayhy! Ya ha llegado á su último dia; yo voy á terminar su carrera.”

El Drayhy, que lo oía, cada vez mas furioso, echaba espumarajos de cólera y bramaba como un leon; los ojos encendidos como dos ascuas, se le saltaban de la cara, y se revolvía entre sus cuerdas con

terrible fuerza. Aquel tumulto atraía un numeroso gentío al rededor de su tienda, cuando de pronto un beduino, abriéndose paso, se pone delante del Drayhy; una camisa sujeta con un cinturon de cuero, y un *casté* en la cabeza formaba su única vestimenta. Montado en un caballo alazan, y sin mas armas que una lanza, iba á solicitar licencia para pelear con el wahabi en lugar del jeque, recitando los versos siguientes:

“Hoy, yo Tehaisson, me he apoderado del caballo Hadidi, que deseaba hacia mucho tiempo, deseoso de recibir *en su lomo* las alabanzas debidas á mi valor. Voy á atacar y á vencer al wahabi por los hermosos ojos de mi amada, y para ser digno de la hija de aquel que siempre ha vencido al enemigo.”

Dice y se lanza á la pelea contra el guerrero enemigo: nadie creía que pudiese resistir media hora á su terrible adversario á quien su armadura hacia invulnerable; pero si no le descargó golpes muy homicidas, supo con maravillosa destreza evitar los suyos durante las dos horas que duró la lid. Todos estaban suspensos y llenos del mas vivo interés, lo mismo en uno que en otro bando; a' cabo nuestro campeon vuelve la rienda y parece que huye;—toda esperanza está perdida; el enemigo va á proclamar su triunfo;—el wahabi le persigue, y con firme mano le arroja su lanza; pero Tehaisson, previendo el golpe, se agacha has-

ta el arzon de su silla, y el arma pasa silbando por encima de su cabeza; entónces volviéndose de improviso, clava su acero en la garganta de su enemigo, aprovechándose del instante en que este, obligado á parar de pronto su caballo delante del de su contrario, levanta la cabeza.

Como este movimiento dejó un hueco entre el casco y la coraza, debajo de la barba la lanza el atravesó de parte á parte, y le mató en el acto, pero sostenido en la silla por su armadura, el caballo se llevó el cadáver en medio de los suyos, y Tehaisson volvió triunfante á la tienda del Drayhy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes le abrazaron colmándole de elogios y de regalos, y Jeque Ibrahim no fué uno de los últimos en manifestarle su gratitud.

Continuaban entretanto la guerra y el hambre; dos dias estuvimos en la tienda del Drayhy sin probar bocado. Al tercero recibió tres canastos de arroz que le enviaba de regalo Mola Ismael, caudillo de los Dallatis. En vez de economizarle como un último recurso, mandó cocerle todo y convidó á cenar á todos los que estaban presentes. Su hijo Sahed no quiso sentarse á la mesa; pero instado por su padre, pidió que le diesen su racion y se la llevó á su yegua, diciendo que preferia sufrir él á verla carecer de alimento.

Treinta y siete dias hacia que habia empezado la

guerra: el trigésimó octavo fué terrible el combate. Tomó y saqueó el enemigo el campamento de los osmanlis, y á duras penas pudo el bajá volver á Hama, perseguido por los wahabi, que pusieron sitio á esta ciudad.

La derrota de los turcos nos era tanto mas funesta, cuanto dejaba al segundo cuerpo de ejército del enemigo, mandado por el famoso negro Abó Noeta, en libertad para unirse á Abdalla para atacarnos á la par. Al dia siguiente empezó una terrible lid; tan mezclados estaban los beduinos, que no se distinguian unos de otros. Atacábanse con el sable cuerpo á cuerpo; todo el llano estaba cubierto de sangre; jamas acaso hubo semejante batalla; ocho dias duró sin cesar. Los vecinos de Hama, persuadidos de que todos estábamos exterminados, ya no nos enviaban aquellas raras provisiones que de tan estremados apuros nos habian sacado algunas veces. En fin, el Drayhy viendo el mal en su colmo, reunió á los gefes y les dijo:

—“Amigos míos, es preciso hacer un último esfuerzo: mañana es forzoso vencer ó morir:—mañana, si Dios lo permite, destruiré el campamento enemigo; mañana nos hartaremos de sus despojos.”

Una sonrisa de incredulidad acogió su arenga: sin embargo, algunos mas animosos respondieron:

—“Proseguid; os obedeceremos.

—“Esta noche, continuó, es preciso que hagais

“ pasar cautelosamente al otro lado del Oronte  
 “ vuestras tiendas, vuestras mugeres y vuestros hi-  
 “ jos; es menester que todo haya desaparecido ántes  
 “ de salir el sol, sin que lo advierta el enemigo. En  
 “ seguida, libres de todo cuidado caerémos sobre él  
 “ con el arrojé de la desesperacion y le estermina-  
 “ remos ó pereceremos todos. Dios nos protegerá  
 “ y venceremos.”

Todo se ejecutó como él habia dicho, con un órden, una presteza y un silencio increíbles: al día siguiente no quedaban mas que los guerreros. El Drayhy los dividió en cuatro cuerpos, mandando atacar al campamento enemigo por cuatro puntos á la vez; todos se arrojaron sobre su presa como leones hambrientos. Aquel choque impetuoso y simultáneo, tuvo todo el écsito que podia esperarse de él; la confusion y el desórden penetraron entre los wahabi, que echaron á huir, abandonando sus mugeres, sus hijos, sus tiendas y sus bagages. El Drayhy, sin dar tiempo á los suyos para apoderarse del botin, los obligó á perseguir á los fagitivos hasta Palmira, y no los dejó descansar hasta despues de la total dispersion del enemigo.

Apenas se declaró la victoria por nosotros, partí con Jeque Ibrahim para anunciar á la poblacion de Hama esta feliz nueva; pero nadie quiso creerla, y poco faltó para que nos tratasen como á fugitivos. Estaba el pueblo en la mayor agitacion; unos corrian á las alturas, desde donde no veian

mas que nubes de polvo; otros preparaban sus machos para huir hácia la costa; pero pronto, confirmandose la derrota de los wahabi, el mas estravagante alborozo sucedió á aquella gran consternacion. Enviaron un tártaro á Damasco que volvió trayendo cuarenta cargas de trigo, veinticineo mil piastras, un sable y una pelliza de honor para el Drayhy, que hizo su entrada triunfal en Hama, escoltado por todos los gefes de la tribu aliadas; el gobernador, los agás, el bajá y toda su corte le recibieron de un modo espléndido.

Despues de cuatro dias de regocijos, salimos de Hama para reunirnos con nuestras tribu y conducir las al levante al acercarse el invierno. El Drayhy partió con doce de ellas; las otras, reunidas en grupos de cinco ó seis, se dispersaron en el desierto de Damasco.

Nuestra primera residencia fué en Tall el Dehab, en el territorio de Alepo, donde hallamos cuatro tribu que no habian tomado parte en la guerra: los gefes salieron al encuentro del Drayhy, penetrados de respeto por sus recientes proezas, y solicitando el favor de ser admitidos a firmar nuestro tratado de alianza (1). De allí marchamos sin

(1) Farés Ebn Aggib, gefe de la tribu el Bechakez, quinientas tiendas; Cassan Ebn Unkban, gefe de la tribu el Chiamssi, mil tiendas; Selamé Ebn Nahssan, gefe de la tribu el Fuahez, seiscientas tiendas; Mehanna el Saneh, gefe de la tribu el Salba, ochocientas tiendas.

detenernos para reunirnos con nuestro amigo el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas manifestaciones de júbilo. Atravesamos el Eufrates con él y con otras muchas tribus que entraban como nosotros en Mesopotamia, é iban, unas del lado de Hamad, otras del desierto de Bassora.

Recibimos en el camino una carta de Farés el Harba, anunciándonos que seis de las grandes tribus que habian peleado contra nosotros con los wahi, se habian acampado en la Hebassia, cerca de Machadali, que estaban dispuestas a aliarse con nosotros, y que si el Drayhy queria enviarme a su lado con plenos poderes para tratar, se creia seguro del logro. No perdí un momento en acudir a su llamamiento, y al cabo de seis dias de camino, llegué a su tienda sin accidente. Farés el Harba haciendo al punto levantar su campamento, me condujo a una jornada de aquellas tribus (1): entonces escribí en su nombre al emir Douackhry, caudillo de la tribu el Fedhan, instándole a hacer alianza con el Drayhy, y prometiéndole el olvido de lo pasado. Douackhry pasó en persona a ver a Farés el Harba, y pronto estuvimos de acuerdo; pero nos dijo que no podia responder mas que de

(1) La tribu el Redhan, cinco mil tiendas; la del Sabha cuatro mil; la de el Rekaka, mil quinientas; la de el Messahid, tres mil quinientas; la de el Salca, tres mil; en fin, la de Benni Dehabb, cinco mil.

su tribu, mirando como muy difícil convencer a las otras cinco; propúsome sin embargo que le acompañase a su campamento, ofreciéndome reunir a los caudillos y usar de todo su influjo sobre ellos. Acepté y partí con él; llegado que hubimos en medio de lo que debia ser un campamento, ví con sentimiento innumerables hordas de beduinos tendidos al sol, pues como habian perdido sus tiendas y sus bagages en la batalla, no tenian mas cama que el suelo, ni mas manta que el cielo: algunos andrajos, colgados de unas estacas, daban un poco de sombra a aquellos infelices, que se habian despojado de su única vestimenta para proporcionarse aquel triste abrigo contra el ardor del sol, y que yacian desnudos sobre la arena, espuestos a las picaduras de los mosquitos y a las espinosas puntas de la planta que pastan los camellos: muchos ni aun tenian un miserable trapo que los guardase del calor del dia y del fresco de la noche, cuyo contraste es mortal en aquella estacion, en que ya empezaba a dejarse sentir el invierno.

Jamas tuve idea de una miseria tan completa. Aquel triste espectáculo me oprimió el corazon y me arrancó lágrimas.

Al dia siguiente Douackhry reunió los gefes y los ancianos, en número de quinientos. Solo en medio de ellos, desesperaba yo de hacerme escuchar, y sobre todo de reunirlos en un mismo parecer. Aquellos hombres, de caracter y costumbres

independientes, ecsasperados por la desgracia, presentaban todos pareceres diferentes, y si ninguno esperaba hacer prevalecer el suyo, a lo menos tenia empeño en sostenerle obstinadamente, dejando a cada cual en libertad de hacer otro tanto. Unos querian ir al pais de Nedgde, otros retirarse a Samarcanda; estos vociferaban imprecaciones contra Abdalla, caudillo del ejército de los wahabi; aquellos achacaban al Drayhy todos sus desastres. En medio de aquella division, me armé de valor y traté de refutar a unos y a otros. Empecé por alabar su confianza en los wahabi, diciéndoles que Abdalla se habia vuelto necesariamente su enemigo desde que le abandonaron el día del último combate, y que procuraria vengarse de ellos: que yendo al Negdge, se precipitaban voluntariamente bajo el dominio de Ebn Sihouh, que los abrumaria con contribuciones, y trataria de hacerles soportar todo el peso de una guerra desastrosa; que habiendo una vez desertado su causa y libres ya de sus garras, no debian ser como el pájaro que, habiendo escapado de la escopeta del cazador, va a caer en la red del pajarero. Ocurrióseme en fin, la fábula del haz, creyendo que esta sencilla demostracion produciria efecto sobre aquellas almas cándidas, y me determiné á esplicárselas. Habiéndolos eshortado á reunirse para resistir à toda opresion, cogí de manos de los jeques

nuos treinta djerids, y presenté uno al emir Farés diciéndole que le rompiera, lo hizo sin dificultad: presentéle sucesivamente dos, y luego tres, que rompió igualmente porque era hombre de mucha fuerza muscular: luego le presenté todo el haz, que no pudo romper ni doblar.

—“Machalla, le dije, no tienes fuerza,” y pasé el haz a otro, que no fué mas feliz: entonces se alzó en la asamblea un murmullo general.

—“¿Quien podria romper tamaño haz,” esclamaban todos?

—“Os cojo la palabra,” respondí, y en el lenguaje mas enérgico les hice la esplicacion del apólogo, añadiendo que me habia affigido tanto verlos sin hogar y desnudos, que me obligaba à solicitar del Drayhy la restitucion de sus bagages y de sus tiendas, y que conocia bastante su magnanimidad para responder del logro de mi peticion si entraba francamente en la alianza cuyas ventajas acababa de probarles. Y todos á una voz esclamaron:—“Venciste, Adbdalla; tuyos somos en vida y en muerte,” y todos vinieron á abrazarme; luego se convino en que darian cita al Drayhy en la llanura de Halla para poner su sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates, y á los cinco me reuní con mi tribu. Mis amigos estaban cuidadosos de mi larga ausencia, y la relacion de mi feliz negociacion los colmó de alegría.

Tantas veces he contado las reuniones, las comidas y los regocijos de toda especie usados entre los beduinos, que no describiré de nuevo lo que pasó con ocasion de formarse el tratado de paz. El emir Douackhry enterró las siete piedras, y consumó así su alianza. Despues de la comida, hubo una ceremonia que aun no habia yo visto, la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal; luego el Drayhy declaró que estaba pronto á cumplir el empeño que yo habia tomado en su nombre, devolviendo el botín cogido á las siete tribus que acababan de reunirse á él; pero no bastaba tener esta generosa voluntad, era preciso ademas, hallar el medio de ejecutarla. En el saqueo del campamento de los wahabi y de sus aliados, los despojos de cincuenta tribus estaban confundidos, y no era cosa fácil reconocer la propiedad de cada uno. Decidióse que las mugeres solas podian lograrlo, y seria imposible formarse una idea del afán de los cinco dias que se emplearon en hacerles reconocer los ganados, las tiendas y los bagages de las diversas tribus. Cada camello y cada carnero tiene en una pata dos cifras hechas con un hierro incandescente, la de la tribu y la del dueño; pero por poco que se parezcan las cifras, ó estén medio borradas, como siempre sucede, la dificultad es inmensa; así fué que estuve tentado de arrepentirme de mi rapto de compasion y de mi imprudente promesa.

En aquella época, pasó una gran caravana que

iba de Bagdad á Alepo y fué despojada por los Fedans y los Sabhas; llevaba un rico cargamento de añil, café, especias, alfombras de Persia, telas de cachemira y otros objetos preciosos, que avaluamos en diez millones de piastras. Apénas corrió la voz de aquella presa, llegaron varios mercaderes, algunos de muy léjos, para trocar ó comprar aquellas riquezas de los beduinos, que las vendian ó mas bien las daban casi por nada; así, por ejemplo, cambiaban una medida de especias por una de dátiles; una pieza de cachemira por un *machlah* negro; una caja de añil por un vestido de lienzo; piezas enteras de pañuelos de la India por un par de botas. Un mercader de Mousoul compró por una camisa, un *machlah* y un par de botas, mercancías de valor de mas de quince mil piastras; y una sortija de diamantes se dió por un *rotab* de tabaco. En aquella ocasion pude hacerme rico; pero el Sr. Lascaris me prohibió comprar cosa alguna, ó recibir regalos, y obedecí escrupulosamente.

Diariamente nos llegaban del pais de Nedgde, tribus que abandonaron á los wahabi para reunirse á nosotros,—unas atraidas por la gran reputacion del Drayhy, otras de resultas de sus desavenencias con el rey Ebn Sichud: una circunstancia de este género nos trajo de una vez cinco tribus. El emir de la tribu de Beni Tay, tenia una hija hermosísima llamada Camare (Luna). Fehrab, hijo del caudillo de una tribu vecina y pariente de

Wahabi, se enamoró de ella y fué correspondido; habiéndolo notado el padre de la doncella, prohibióle hablar al príncipe, y se negó á recibirle y aun á escuchar sus proposiciones de matrimonio, por estar destinada Camare á su primo Famer. Es costumbre entre los beduinos, — costumbre que recuerda la que nos ha transmitido la Biblia, — que el pariente mas cercano sea preferido cuando hay que casar á una doncella; pero Camare, sin curarse de esta costumbre de su pais, ni dejarse intimidar por las amenazas de su padre, se negó rotundamente á casarse con su primo, y aumentando su amor en razon de los obstáculos que se le oponian, aprovechó todas las ocasiones de corresponder con su amante. Este, perdida toda esperanza de obtenerla de sus padres, resolvió robarla, é hizo que se le propusiese una vieja á quien habia logrado sobornar; obtenido su consentimiento, introdújose en la tribu Beny Tay, disfrazado de mendigo, y concertó con ella la hora y las circunstancias del rapto. A media noche, salió la doncella cautelosamente de la tienda de su padre, y se reunió con el príncipe, que la aguardaba á la entrada del campamento; sentóla en la grupa de su yegua, y se lanzó al llano; pero la celeridad de su fuga, no pudo sustraerla á los celosos ojos de Famer que, enamorado de su prima y determinado á sostener sus derechos, vigilaba hacia mucho tiempo los pasos de su rival y hacia centinela todas las noches junto á la tien-

da de Camare. Apénas los vió huir, echó á correr en su seguimiento. La yegua de Fehrab, que tenia la velocidad natural á la raza Nedgdié, aceleró todavía mas en aquella ocasion su carrera, aguijoneada por la impaciencia de su amo; pero cargada con el peso de dos personas, llegó un momento en que ya no tuvo fuerzas para obedecer á los redoblados golpes del estribo, y cayó sin aliento en tierra. Fehrab vé á Famer próximo á alcanzarle, y dejando en el suelo á su amante, se prepara á defenderse. Terrible fué el combate cuanto trágico el resultado: Famer vencedor, mata á Fehrab y se apodera de su prima; pero rendido de cansancio y lleno de seguridad, se duerme un momento junto á ella; Camare, que espia su sueño, coge el sable teñido en sangre de su amante, corta la cabeza á su primo, y se traspasa el corazon con la lanza: así fueron hallados los tres por los que salieron en su busca. Siguió á este triste suceso una mortífera guerra entre las dos tribus; la de Nehrab, sostenida por los wahabi, obligó á la retirada á la de Beni Tay, que vino con otras cuatro tribus aliadas (1) á pedir proteccion al Drayhy, cuyo poderío ya no tenia rival. Quinientos mil Beduinos, reunidos á nuestra causa, no formaban mas que un solo cam-

(1) La tribu Beni Tay, compuesta de 4,000 tiendas, la de El Hamarnid, 1,500; la de El Daffir, 2,500; la de El Hegiager 800; en fin, la de El Khresahel, 3,000.